

TRES ESTUDIOS SOBRE LA POLÍTICA EN CHILE:

TOMÁS MOULIAN, *FRACTURAS*, SANTIAGO: LOM-ARCIS, 2006, 280 PP; SOFÍA CORREA SUTIL, *CON LAS RIENDAS DEL PODER. LA DERECHA CHILENA EN EL SIGLO XX*, SANTIAGO: SUDAMERICANA, 2004. 313 PP; ROBERT FUNK (ED.), *EL GOBIERNO DE RICARDO LAGOS, LA NUEVA VÍA CHILENA HACIA EL SOCIALISMO*, SANTIAGO: UDP, 2006. 168 PP.

CARLOS PEÑA GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

No abundan en la bibliografía nacional estudios históricos o politológicos que evalúen períodos más o menos completos de la historia de Chile o que, en su caso, hagan un balance de un período gubernamental específico. Hay, por cierto, excepciones. En lo que sigue se presentan tres muy recientes. Dos de ellas –*Fracturas*, de Tomás Moulian y *Con las riendas del poder*, de Sofía Correa– examinan un período más o menos amplio de la historia política de Chile a partir de la política de alianzas de la izquierda, en el caso del libro de Moulian, y a partir del papel histórico que le ha cabido a la derecha en la modernización del país, en el caso de Sofía Correa. El tercer volumen es un trabajo colectivo en el que se analiza el desempeño del gobierno de Ricardo Lagos en el que –según van a coincidir Moulian y Correa– alcanzan su culminación esos procesos políticos previos.

Como suele ocurrir con los trabajos que revisan la historia, los tres acaban siendo intentos de explicar el presente.

I

El propósito del texto de Moulian es analizar las luchas políticas entre 1938 y 1973 para así poder explicar uno de los aspectos, aparentemente más misteriosos, de nuestro desarrollo histórico ¿cómo fue posible la dominación de clases bajo un sistema de democracia representativa que parecía año tras año en expansión?, ¿qué características poseyó la dirección política del período que permiten explicar, ex post, el violento desenlace del año 1973, esa fractura final que los cañonazos del once, como si fueran un crujido, acabaron presagiando?

A fin de responder esas preguntas, Tomás Moulian utiliza un esquema de análisis que en estos tiempos –cuando todo se reduce a incentivos y a políticas públicas y donde la economía neoclásica ocupa el lugar que en el siglo XII tenía la teología– vale la pena subrayar.

Moulian principia por distinguir entre dominación, por una parte, y hegemonía, por la otra. Mientras la dominación es un concepto que alude a la posición relativa de una clase o de un grupo en la esfera de las relaciones de producción, la hegemonía, en cambio, designa, como por supuesto

lo sugirió Gramsci, a la capacidad de esa misma clase o de ese grupo para universalizar en la esfera de la cultura y en el ámbito de lo simbólico, sus intereses particulares.

En otras palabras, una cosa, recuerda Tomás Moulian, es ser una clase dominante y otra, distinta, es ser una clase dirigente; una cosa es ser dominado en la esfera de las relaciones de producción, otra cosa es carecer de la capacidad para erigirse en sujeto a nivel de la producción simbólica o ideológica. El bloque oligárquico y burgués (más lo primero que lo segundo, la verdad sea dicha) fue dominante en el período que va entre 1938 y 1973; pero, va a sugerir Tomás Moulian, no logró ser hegemónico y ello lo obligó a un complejo juego de racionalidad estratégica, de avances y de retrocesos, que van a dominar el sistema político del período.

El libro puede entonces ser leído como el intento de atribuir a las acciones del período una cierta racionalidad estratégica de parte de un bloque que domina, pero que no logra ser hegemónico. Por eso, además, la derecha acaba siendo el personaje principal de este libro, ese en cuyo alrededor se estructura la totalidad del argumento. A fin de cuentas un libro que organiza el sentido de un período político sobre la distinción entre dominación y hegemonía casi siempre acaba siendo un relato sobre el juego político de la derecha.

¿Qué pudo ocurrir para que en ese período –entre 1938, como dijimos, y 1973– la clase dominante no fuera hegemónica, no pudiera entonces llevar la conducción política del período, no pudiera tomar del todo las riendas del poder como diría Sofía Correa, y fuera así incapaz de emprender un proceso de modernización como el que sí se llevó a cabo mucho más tarde?

Lo que ocurrió, sugiere Tomás Moulian, quien se sumergió en revistas, diarios y papeles de esa índole a fin de capturar la lógica interna del período, es que la clase dominante surgida luego de la crisis del orden oligárquico es hasta cierto punto un mestizaje entre los grupos vinculados a la hacienda, o sea, la oligarquía en el sentido técnico de esa palabra, y la burguesía. En ese bloque fueron predominantes, sugiere Moulian, los grupos que compartían un mismo mito de origen en torno a la posesión de la tierra y, por lo mismo, su objetivo principal no fue la modernización sino la mantención del orden agrario, la conservación, por todos los medios posibles, de esa institución total que alguna vez fue la hacienda.

“En el bloque dominante –expresa Tomás Moulian– se fusionaron los latifundistas y la burguesía, pero con una presencia muy significativa de los rasgos más típicos de la cultura del latifundio. Hasta fines de la década del 50 (este bloque) está empapado del ethos aristocrático, de la cultura del linaje y de las jerarquías sociales prefijadas y de la idea del pueblo sumiso y degradado...” (p. 191).

Ese objetivo, el de mantener las estructuras de plausibilidad del viejo orden agrario, da origen, en opinión de Tomás Moulian, a una estrategia de contención –defensiva, coactiva o integrativa, según los casos (pp. 20 y ss)– que es la que permite inteligir el sentido que posee la dominación estatal durante el período.

Por supuesto, esa estrategia de contención que Moulian imputa a la derecha, pero a cuya sombra también acaba definiéndose el centro político representado por la democracia cristiana es, a nivel del discurso, una compleja mezcla de apropiaciones y transferencias simbólicas entre dominantes y dominados y, a nivel de la acción, una mezcla de racionalidad y de azar, o, como preferiría Maquiavelo, una mezcla de fortuna y de virtud.

¿Qué cosa, sino una transferencia simbólica de los dominados hacia las clases dominantes, fue el discurso socialcristiano de Carlos Vial Espantoso, el ministro de González Videla, o el programa de Eduardo Cruz Coke que casi sedujo al conservantismo de la derecha?

Y, por su parte ¿qué otra cosa sino la fortuna, fue la que frustró la alianza entre liberales y falangistas el año 1957, al hacer que uno de los opositores a ese pacto, Raúl Marín Balmaceda, cayera fulminado mientras hacía uso de la palabra lo que puso fin al directorio, favoreciendo así la adhesión a la candidatura de Jorge Alessandri? ¿Acaso no hubieran cambiado las cosas si el año 1963 no hubiera muerto el diputado Naranjo y el miedo no hubiera entonces forzado a la derecha a adherir sin condiciones esta vez a la candidatura de Frei Montalva?

Como quiera que sea, se trate de desplazamientos simbólicos o de juegos de dados, la fortuna de que hablaba Maquiavelo, la actitud de las clases dominantes en Chile fue una de contención y no de modernización. En otras palabras, la derecha en Chile hasta el año 1973 habría estado, por decirlo así, presa de la nostalgia por ese orden social erigido a la sombra de la hacienda, en vez de interesada en imaginar un camino de modernización capitalista.

La tesis de Tomás Moulian es, entonces, una tesis exactamente opuesta a otras, como la que ha sugerido Sofía Correa, por ejemplo, que han visto en la derecha del siglo XX una pugna más o menos soterrada entre un proyecto socialcristiano vinculado al viejo orden agrario y un proyecto de modernización que acabaría, finalmente, hegemonizando al régimen militar. Tomás Moulian sugiere, en cambio, que la historia de la derecha también padece una fractura entre el período del estado de compromiso y el proyecto de modernización llevado a cabo a partir de 1975.

Porque para Tomás Moulian no existe ninguna continuidad, desde el punto de vista político, entre el capitalismo del estado de compromiso (donde la clase dominante universaliza sus intereses mediante un conjunto de alianzas con las capas medias) y el capitalismo de inspiración neoliberal erigido luego de 1973.

Así entonces, habría, por decirlo así, dos fracturas de importancia en los últimos cien años de la historia política de Chile: de una parte, la fractura del orden oligárquico (que se expresa institucionalmente en el parlamentarismo y espiritualmente en la crisis del centenario) y de otra parte, la fractura del estado de compromiso en 1973.

¿Y qué decir entonces de los actuales procesos de modernización caracterizados por la expansión del consumo y por la privatización del riesgo?

Estos procesos, sugiere Tomás Moulian hacia el final del libro, no son de compromiso, sino de hegemonía. Y la hegemonía, esa dirección moral y espiritual de la sociedad, en palabras de Gramsci, no es nunca fruto de la mera coacción estatal. Donde hay hegemonía hay un conjunto de dispositivos culturales –desde la expansión del consumo a la representación política– que la transición, con su complicada trama de identidades y de culpas, hizo finalmente posible.

Así entonces, en este juego de fracturas que es la historia política de Chile, ni la derecha puede hacer enteramente suya la modernización neoliberal, ni la izquierda puede pretender que no tiene nada que ver con ella. A fin de cuentas, en el mundo de dominación hegemónica –nos recuerda este espléndido libro– todos somos partícipes.

Pero, por lo mismo, porque todos somos partícipes, me parece a mí que no hay que dejar en el tintero los aspectos positivos de la modernización a la que hemos asistido en los últimos años.

Después de todo, es esa modernización la que sepultó de manera definitiva el orden oligárquico y conservador en Chile, aligeró las pertenencias sociales y acentuó los procesos de individuación que son indispensables para la democracia. En esto, como en casi todos sus trabajos históricos, Marx tenía toda la razón cuando advirtió que las fuerzas que desataba el capitalismo acababan, tarde o temprano, profanando, o fracturando según usted prefiera, todo lo sagrado.

II

Si para Tomás Moulian, como se acaba de mostrar, existe una fractura en la derecha entre el período del estado de compromiso y la modernización posterior a los ochenta, el libro de Sofía Correa defiende una tesis distinta. Para ella, como veremos, la derecha fue más modernizadora de lo que aparenta.

“Me propongo probar –explica Sofía Correa, en las primeras páginas de su libro– (...) que el proyecto neoliberal que la derecha impone durante la dictadura tiene sus raíces en una propuesta empresarial que se comienza a elaborar a mediados del siglo XX frente a condiciones políticas adversas” (p. 10).

Con un acopio bibliográfico que pareciera no dejó biblioteca por revisar ni cable, diario o acta por leer, Sofía Correa intenta, a lo largo de casi trescientas páginas, conferir plausibilidad a la tesis de que la derecha en Chile habría elaborado un proyecto de modernización capitalista a mediados de siglo. La derecha habría empujado ese proyecto de diversas maneras, relata, pero en especial mediante acuerdos, guiños, pequeñas mentiras y cooptaciones –que casi siempre acababan seduciendo al radicalismo– hasta que emprendió un proyecto propio con Alessandri que, como todos sabemos, acabó fracasando en esa mezcla insólita de innovación monetarista, reforma agraria y proteccionismo. En ese momento, y al languidecer la derecha histórica, habría surgido esa otra derecha más amiga de las patadas que de la cooptación que acompañó con vítores al golpe militar y que luego desapareció para ser sustituida por los partidos de hoy que guardarían así un parentesco innegable con la derecha histórica (Cfr. Pp. 41 y ss).

La tesis de Sofía Correa es seductora; pero sobre todo es desafiante hasta casi la irritación puesto que acaba sugiriendo que los rivales históricos de la derecha, esos que soñaban con hacerla desaparecer hasta transformarla en un mal sueño, son quienes acaban administrando, dice ella, el modelo institucional de la Constitución de 1980 y la economía neoliberal. A juzgar por los resultados –que es donde importa, parece decir Sofía Correa– todos seríamos en algún sentido de derecha, porque ¿qué otra cosa podría significar la reiterada afirmación de que hoy no hacemos sino continuar el proyecto modernizador que la derecha liberal, convenientemente expurgada de su componente socialcristiano, habría comenzado a impulsar a mediados del siglo pasado, hasta fracasar, transitoriamente como se supo después, con Alessandri?

Una tesis como esa exige, por supuesto, variadas definiciones previas, comenzando por la propia definición de la derecha. Porque es distinto si, a la hora de caracterizar a la derecha, se recurre a elementos normativos (como la preferencia por la tradición, por ejemplo) o a elementos descriptivos (como el origen social de sus miembros) o, en fin, a elementos autodefinitorios (como la idea de aristocracia castellano vasca que fue tan intensa en cierta historiografía). Cuando se recurre a elementos normativos, la derecha se definiría por el apego a la realidad tal cual es, sea porque, a

su juicio, ella coincide con un cierto orden natural (como lo sostuvo el catolicismo conservador), sea porque (como ocurre hoy día) se atribuye a la evolución social espontánea virtudes que ninguna forma de constructivismo lograría superar. Si, en cambio, se echa mano al origen de sus miembros, la derecha sería ante todo parte de ese grupo social que estructuró su dominación y su prestigio en torno a la hacienda y que más tarde, mediante diversos artilugios, extendió sus redes hacia los grupos ascendentes más dinámicos los que, así, acababan formando parte suya. En fin, si se recurre a elementos autodefinitorios, la derecha sería parte de una aristocracia, con raíces en la Conquista y arraigada en la tierra, cuya evolución se confunde con la de la nación, hasta el extremo que sus miembros creen a veces confundir su historia familiar con la del país, como si no supieran dónde principia una y termina la otra.

Por supuesto, ninguno de esos elementos define por sí mismo a la derecha y quizá por eso Sofía Correa prefiere caracterizarla mezclando los elementos descriptivos con los normativos. La derecha, en su opinión, sería un grupo social que comparte un cierto mito de origen y cuya definición normativa consiste en un intento por conciliar tradición con modernidad o, como expresa la autora, la derecha se caracterizaría por una apropiación paulatina de la modernidad a partir de la tradición, en tanto que la izquierda se sumerge, pura y simplemente, en la modernidad.

Pero ¿es cierto?, ¿es verdad que la derecha, ese grupo social oligárquico que viene del diecinueve, poco acostumbrado a la competencia política, que se siente más cómodo en los salones, y que hasta mediados de siglo hizo del cohecho casi un deporte, era después de todo modernizador y no un grupo meramente reaccionario, provisto, como sugiere Tomás Moulian según hemos visto, de una estrategia de contención frente a los desafíos modernizadores?, ¿es cierto que si no toda la derecha, sí al menos una parte de ella, fue un grupo social que poseyó, dentro de su ideología, el propósito de adaptarse a la modernidad para salvar así algo del naufragio?

La respuesta a esas preguntas, me parece a mí, depende, como casi siempre ocurre en este tipo de cosas, de lo que entendamos por modernización y, en especial, de lo que entendamos por modernización capitalista.

Por supuesto, la palabra modernización no formó parte del vocabulario de las elites, ni menos de las ciencias sociales, hasta entrada la segunda mitad del siglo XX y allí todavía se prefería hablar de desarrollo y no de modernización. La modernización principia a formar parte de la jerga sociológica con el funcionalismo de los sesenta y es probable que la derecha –más preocupada de las leyes que de la reflexión sociológica– no conociera esa palabra ni de oídas. La derecha, en los discursos de la época, esto es, ya pasada la mitad del siglo, aboga por la libertad económica y por el cese de la intervención estatal, la que, según descubre ahora, y no obstante haber usufructuado de ella por décadas, sería contraria al derecho natural. Defiende, entonces, una reforma global de la estructura económica que estimule la inversión extranjera e incluya una enmienda del tipo de la que entonces y ahora suele llamarse monetarista. El momento paradigmático de este empeño modernizador es el análisis que, según mostrarían las fuentes, hizo de la propuesta y los resultados de la Misión Klein Sacks.

La modernización de la que la derecha en Chile habría sido impulsora y autora intelectual sería esa reforma económica imaginada justo a mitad del siglo en la que se alentaba el libre mercado y la disminución de la intervención estatal. Por supuesto, no es esta la primera vez que la derecha era libremercadista (lo fue durante buena parte del diecinueve, como sabemos); pero sí es la

primera vez que lo es con convencimiento, por decirlo así, técnico y sistemático. ¿Por qué, sin embargo, podemos preguntarnos, si la derecha era modernizadora no fue capaz de llevar a cabo ese proyecto? ¿Fue acaso porque el proyecto era deficiente desde el punto de vista técnico (como sugirió Ffrench Davis), demasiado economicista y sin sensibilidad hacia las preferencias del electorado (como apuntó Fernando Silva) o porque el empresariado, apegado a sus intereses de corto plazo y a la mantención del orden agrario, simplemente no le prestó apoyo (como anotó Moulian o Salazar)? Una mezcla de factores, apunta Sofía Correa, todos los cuales dejan, sin embargo, incólume el hecho que, fracasado y todo como proyecto político, se trató de un proyecto modernizador tras el cual estaba la derecha en su conjunto representada por las organizaciones empresariales, los equipos técnicos y los medios de comunicación que constituían su expresión privilegiada hacia la esfera de lo público (pp. 200 y ss).

No es fácil, por supuesto, examinar, con ánimo crítico, esa tesis y tampoco sería correcto siquiera intentar hacerlo a pretexto de reseñar el libro que la contiene; pero, así y todo, parece imprescindible avanzar algunas dudas que su lectura suscita y que, en mi opinión, tienden a relativizar algunos de los puntos de vista que sostiene.

Ante todo, me parece que el libro enfatiza en demasía el papel de la derecha. Uno diría, después de leer el libro, que mientras las corrientes socialcristianas estropeaban las cosas con un verbalismo más o menos vacío o con tentativas populistas, y la izquierda brillaba por su ausencia o se dedicaba a huelgas y a incidentes, la derecha, por arte de la cooptación, el pragmatismo y la flexibilidad, escribía, casi si saberlo, el guión de los últimos veinticinco años de la historia en Chile. No es esta, por supuesto, una tesis del libro; pero es el sabor que él deja al poner en demasía la racionalidad y la astucia del lado de la derecha, al poner al radicalismo no en el centro sino en la izquierda y al poner a la izquierda al margen de todo el relato.

Me parece, al mismo tiempo, que la evidencia que aporta Sofía Correa a favor de una reforma económica amplia y de libre mercado por parte de la derecha es vigorosa; pero no me parece que eso alcance para hacer de ese proyecto un proyecto modernizador, consciente no sólo de los aspectos técnicos del proceso, sino también de los normativos. Si la derecha, como sostiene la autora en los principios del libro, se caracteriza por hacer el esfuerzo de conciliar tradición con modernidad, entonces uno esperaría de ella un proyecto de reforma global consciente de los efectos culturales esperados de ese proceso, y un aparato de justificación ideológico que los valorara o siquiera los tuviera en consideración. Pero nada de eso hubo en la derecha que fracasó en los sesenta. Ella prefirió ver en el proyecto que defendió una cuestión puramente técnica, aséptica hasta el escrúpulo, desconfiada de la política y sin compromiso ideológico alguno. ¿No se vanagloriaba Jorge Alessandri que de lo que se trataba era nada más de poner en orden la economía, haciendo a un lado la chapucería de la política, para que así los hombres de trabajo, como se decía entonces –los empresarios por supuesto– pudieran florecer?

Lo mismo, me parece, ocurre con la valoración que la derecha hizo tradicionalmente de la democracia que es, dicho sea de paso, uno de los contenidos normativos de la modernidad. La democracia para la derecha fue casi siempre una cuestión puramente utilitaria, una de esas restricciones que, mal que nos pese, a veces tenemos que aceptar en la vida; pero no algo que tuviese un valor intrínseco digno de ser defendido por sí mismo. La derecha, es cierto, valoró algunas libertades y se erizó cada vez que se vieron amenazadas; pero nunca logró estimar el

valor deliberativo que posee la democracia como forma de autogobierno colectivo. Si no fue así ¿cómo explicar entonces que esa misma derecha modernizadora de los cincuenta y sesenta se pusiera tan rápido y sin ningún cargo de conciencia, porque no lo tuvo y hoy tampoco lo tiene, del lado de los uniformes y de las pistolas y adquiriera ese lenguaje nacionalista y algo tosco de los primeros años de la dictadura? Y si no fue así ¿cómo explicar que fueran inicialmente el hispanismo, Vásquez de Mella, el corporativismo y el catolicismo más tradicional, las inspiraciones ideológicas que delectaban sus grupos más jóvenes y más esclarecidos, hasta que un conjunto de ellos, una de esas minorías consistentes que cambian el curso de los hechos, logró hegemonizar el Estado?

Por eso ¿no será más bien que eso que comenzó como un proyecto meramente técnico, acabó siendo un genuino proyecto modernizador una vez que no sólo la derecha, sino la izquierda y los grupos progresistas, fueron capaces de valorar su contenido normativo, alentar sus consecuencias y procurar radicalizarlas? Que la derecha maneja mejor la economía que la izquierda era algo acerca de lo cual hasta hace poco tiempo a nadie le cabía dudas (hoy día por supuesto caben ya algunas); pero que la derecha se muestra todavía más bien incómoda con las consecuencias normativas de ese proceso, es una verdad del porte de un buque que muestra que puede ser algo exagerado afirmar que los gobiernos de los quince últimos años en Chile han sido derechistas sin saberlo, porque la verdad pudiera ser también que la derecha fue moderna sin saberlo y, lo que es peor, sin siquiera quererlo.

No es difícil aceptar que la derecha poseyó un proyecto de transformación económica a mediados de los cincuenta y aceptar incluso que fue ese proyecto, y no otro, el que inspiró las reformas de los ochenta en Chile. Tampoco es difícil convenir en que a la hora de decidir quién tiene el copy right de las transformaciones económicas, habría que responder, sin duda, que la derecha; pero si es posible aceptar todo eso es a condición que hagamos el esfuerzo por distinguir, cosa que el libro, me parece, no hace, entre la transformación de la estructura económica, que es una cosa, y la modernidad asociada a ella que es otra. Porque la derecha que impulsó la primera no ha sido capaz, todavía hoy, de aceptar o comprender la segunda. La derecha se mueve, es cierto, como pez en el agua a la hora de hablar de incentivos y de mercado y en eso las cosas no cambiaron mucho entre los años cincuenta y hoy; pero la mayor parte de sus cuadros intelectuales no son amigos del contenido normativo de la modernidad, no la entienden, la encuentran fea y chabacana, se alarman ante la expansión de la autonomía moral de los ciudadanos, no creen en el valor deliberativo de la democracia y piensan que la política es un arte menor que consiste ante todo en encantar serpientes y no en modelar la comunidad política. La derecha ha sido, en una palabra, modernizadora; pero no ha sido moderna si con esta última palabra se quiere denominar a quien adhiere al contenido normativo de la modernidad y no sólo a quien aplaude, a la hora de sacar las cuentas, el resultado de la transformación económica.

Es probable que, en ese aspecto, y desgraciadamente, la derecha en Chile se acerque a cierta izquierda histórica que también se muestra incómoda con el contenido normativo de la modernidad, con la expansión del consumo y con la cultura aspiracional de esos sectores sociales a los que preferiría seguir llamando clase obrera. Ambos sectores, derecha e izquierda más tradicional, después de todo, gustan decir, medio en broma medio en serio, como repite este libro (v.gr. p. 284), que en los últimos quince años no habríamos hecho otra cosa que administrar un modelo neoliberal instalado por la derecha. Esas afirmaciones, como digo, ocultan la valoración que en

la cultura chilena se hace hoy del contenido normativo de la modernidad, una valoración respecto de la cual la derecha está al debe (la izquierda también, por supuesto) y no tiene, hasta ahora, perdonemme, mérito alguno que exhibir en esa asignatura, temerosa como es todavía de Dios y cuidadosa de las costumbres y de la desigualdad.

No es fácil compartir las tesis de este libro; pero nada de eso impide apreciar en él a un texto espléndido sin duda alguna por el rigor, la compulsión de fuentes, la audacia de sus afirmaciones y la amplitud de la prueba que exhibe a favor de los hechos de que da cuenta. Pero, y la autora lo sabe mejor que nadie, cuando se trata de historia podemos estar de acuerdo en los hechos y así y todo pensar que, sin embargo, las cosas fueron diferentes.

III

Hay algo en lo que las tesis de Tomás Moulian y Sofía Correa están de acuerdo. La modernización de Chile es fruto de un raro mestizaje entre una derecha que hace suyo (tardíamente según Moulian, de manera temprana, según Correa) el proyecto modernizador y una izquierda que se dejó hegemonizar por él. Es decir, a pesar de las apariencias, y a pesar que para Moulian la derecha tuvo una estrategia de contención y a pesar que para Sofía Correa la derecha poseyó un espíritu modernizador que derrotó al socialcristianismo, a pesar de eso, hay algo en lo que Moulian y Correa están de acuerdo: el proyecto modernizador acabó hegemonizando a la izquierda.

La expresión paradigmática, y aparentemente más exitosa, de ese proyecto es el gobierno de Ricardo Lagos al que se refiere la última obra que aquí se presenta.

El libro se abre con la que quizá sea la dimensión más misteriosa del gobierno del Presidente Ricardo Lagos, me refiero a la extraordinaria popularidad que alcanzó en todos los sectores sociales, a pesar que, como lo ponen de manifiesto los datos, el desempeño de su gobierno, juzgado por indicadores más o menos objetivos, no ha sido lo mejor desde que recuperamos la democracia. Me parece que tanto el trabajo de Patricio Navia, como el texto de Robert Funk, cada uno a su manera, según veremos, hacen el intento de dilucidar esa dimensión del gobierno de Ricardo Lagos que, como digo, es hasta cierto punto misteriosa.

Patricio Navia analiza los niveles de aprobación de Ricardo Lagos durante su sexenio echando mano a las bases de datos y a las series históricas de la encuesta del Centro de Estudios Públicos. Pone a prueba, en especial, la idea, hartamente extendida en buena parte de la literatura, según la cual los niveles de aprobación ciudadana que reciben los gobiernos están asociados a los ciclos económicos. Esta idea, según la cual los gobiernos son una especie de *mánager* y el conjunto de los ciudadanos algo así como una junta de accionistas que verifica los niveles de dividendos obtenidos a fin de renovar o no la confianza a los gobernantes –una hipótesis que es un simple malentendido de la idea de contrato social del siglo XVII– se revela, como era de esperar, más bien falsa en el caso del gobierno de Ricardo Lagos cuyos niveles de aprobación, como pone de manifiesto el trabajo de Patricio Navia, no están correlacionados con los ciclos de bonanza económica.

Pero si, como sugieren los datos no existe correlación entre el desempeño de la economía y los niveles de aprobación que muestran las encuestas ¿a qué se debió entonces la popularidad del gobierno de Ricardo Lagos?

Como el propio Patricio Navia sugiere no hay datos para responder empíricamente esa pregunta y sólo es posible imaginar dos o tres hipótesis que permitan responderla. Navia sugiere que si la variable del éxito no es económica, entonces quizá podría ser política y encontrarse vinculada con el tipo de decisiones que el Presidente Lagos adoptó a propósito de la guerra de Irak o en nuestras relaciones con Bolivia. Y efectivamente ya a principios del año 2003, que es cuando algunos de esos hechos se verifica, que comienza a consolidarse la buena posición que alcanza finalmente Ricardo Lagos en la opinión pública.

Dejemos ahí la explicación de Patricio Navia –que él expone, como es su costumbre, sin ninguna oscuridad– para volver más tarde críticamente sobre ella y déjenme, por lo pronto, referirme brevemente al trabajo de Robert Funk.

El trabajo de Funk no versa sobre el mismo problema del que se ocupa Navia, aunque, como veremos, se encuentran relacionados hasta cierto punto. Robert Funk explora las relaciones entre reforma política y cambios sociales o culturales durante el gobierno de Ricardo Lagos ¿Es cierto, se pregunta, que el gobierno de Ricardo Lagos impulsó dos o tres reformas legales que acabaron, a fin de cuentas, provocando un cambio cultural de cierta importancia?

A fin de responder esa pregunta, Funk echa mano a ciertas hipótesis del institucionalismo para sugerir que los cambios de leyes inducen, tarde o temprano, cambios sociales. Y concluye, después de examinar dos o tres cambios jurídicos relativos a la libertad de expresión, que lo más probable es que esos cambios fueran un resultado incremental, un resultado de otras múltiples variables más que un fruto de las acciones del gobierno de Ricardo Lagos a quien, sin embargo, y sorprendentemente, la opinión pública se las atribuiría.

Es probable que Funk tenga razón; pero sólo en parte. Es probable que los cambios en el comportamiento sean resultado de múltiples factores que antecedieron al gobierno de Lagos; pero nada de eso debe hacernos olvidar que sin autoconciencia (sin eso que Hegel llamaba reconciliación) no hay cambios culturales genuinos y ocurre que en el logro de esa autoconciencia sí que Lagos tuvo un papel de relevancia.

Como ustedes ven, hay algo en común entre el trabajo de Navia y el de Funk: ambos concluyen que los niveles de aprobación y la estatura de Lagos no se vincula con explicaciones convencionales como el desempeño económico o el cambio cultural, sino con una dimensión más específicamente política a la que sin embargo y desgraciadamente, ambos mantienen más bien en la penumbra.

No es la oportunidad, por supuesto, de evaluar el punto de vista de esos trabajos, aunque me parece que ambos no sacan las conclusiones que debieran finalmente sacar. Porque ocurre que tanto Navia como Funk analizan el problema del que se ocupan echando mano a hipótesis (la relevancia del desempeño económico, por una parte, y la influencia de las instituciones formales, por la otra) que conciben el comportamiento político al modo neoclásico (como agregación de preferencias individuales) sin concluir lo que a mí al menos me parece obvio y es que lo que muestra el gobierno de Lagos es justamente que las explicaciones neoclásicas o marginalistas de la política, en este caso al menos, resultan, como diría Popper, falsas, y que entonces hay una cierta concepción del proceso político que es necesario revisar. Después de todo, lo que muestra, me parece a mí, el gobierno de Lagos es que la política tiene dimensiones simbólicas y cognitivas, por decirlo así, que los enfoques que usan Navia y Funk en estos trabajos no logran describir.

En otras palabras, la evidencia que recogen en sus respectivos textos no es una evidencia en contra de una hipótesis, sino que una muestra de que el marco teórico es inadecuado para observar el fenómeno que quieren analizar. Ningún marco teórico de inspiración neoclásica es capaz de mostrar el fenómeno político en el sentido clásico de esa expresión.

Pero, como sugerí al inicio, en política siempre es posible distinguir, entre el desempeño del gobierno y la calidad de sus políticas gubernamentales, como lo prueba el hecho que hay gobiernos exitosos que tienen malas políticas y hay políticas estupendas que son fruto de gobernantes deplorables.

Pues bien, mientras los trabajos de Navia y Funk se ocupan del gobierno, los otros trabajos de este libro –me refiero a los de Rossana Castiglioni, Felipe Agüero, Patricio Meller, Claudio Fuentes y Andrés Villar– se ocupan de diversas políticas gubernamentales.

La relación entre el gobierno y las Fuerzas Armadas es el tema de que se ocupa Felipe Agüero quien subraya el hecho de que el gobierno de R. Lagos fue el único gobierno, luego de la recuperación democrática, que ha sido cuidadoso hasta el escrúpulo con la subordinación, incluso simbólica, de los militares al poder civil. Todo eso –sumado a la ruptura del bloque de poder del que formaron parte los militares– contribuyó, piensa él, a reformar la Constitución y a establecer la dependencia de los militares de la autoridad presidencial.

Subsisten, sin embargo, y él propio Agüero lo señala, cuestiones pendientes en las relaciones entre el gobierno y las Fuerzas Armadas; pero, agregaría por mi parte, esas cuestiones pendientes no derivan de la dictadura sino de los arreglos del estado de compromiso que existió en Chile hasta el año 1973, me refiero a la justicia militar (cuyo origen se remonta al año 1932) y al marcado corporativismo de los militares. El tema de la educación –que señala Agüero como otro de los temas pendientes– ya ha sido modificado de manera sustancial.

El trabajo de Patricio Meller, por su parte, muestra que en materia económica hay una política gubernamental que inspira a la totalidad de los gobiernos de la Concertación, que es conceptualmente distinta a la de la derecha, y que explica el desempeño que ha alcanzado Chile en todos estos años. Meller argumenta en términos brillantes, me parece a mí, en contra de una concepción que pudiéramos llamar esencialista de la evolución económica de Chile. Esa concepción esencialista consiste en sostener que existe un arquetipo de sistema económico que habría sido instalado en Chile por la dictadura –el modelo– y que los siguientes gobiernos de la Concertación no habrían hecho más que administrar. Esa es una idea –si es que puede llamársela así– que circula tanto en la derecha como en la izquierda. Se trata, por supuesto, de una tontera puesto que, como todos sabemos, el platonismo en economía, o sea, la idea que hay un arquetipo del que se derivan deductivamente consecuencias que se traducen en políticas, es falso. El desempeño económico –es cosa de leer a Douglas North– se debe en parte muy importante al desempeño gubernamental y éste, por su parte, es función de su orientación conceptual. Después de todo, en economía también importan las ideas y como muestra Patricio Meller no es lo mismo enfatizar las fallas del mercado que las fallas del Estado, poner el acento en el crecimiento o ponerlo en la distribución, al tiempo de diseñar una economía abierta.

Rossana Castiglioni, por su parte, en un brillante trabajo, se ocupa de dilucidar el conjunto de variables que incidieron en las políticas sociales del gobierno de Ricardo Lagos.

En general, existe la percepción de que el gobierno de Lagos fue más bien flojo, o no fue suficientemente radical, en sus reformas al diseño y a la ejecución de las políticas sociales en áreas como pensiones o salud y para qué decir educación ¿Cómo pudo ocurrir que un gobierno socialista mantuviera un diseño de políticas sociales que privatiza el riesgo? Rossana Castiglioni sugiere que la propensión al cambio de la política social es función de tres variables, a saber, la distribución del poder gubernamental, la fortaleza de los actores de veto no gubernamentales y las orientaciones ideológicas de los actores, y acto seguido muestra que, a pesar de las apariencias, y de lo que suele repetirse, en Chile existió, al menos en el período, una alta dispersión de la autoridad gubernamental; una fuerte asimetría entre los grupos de presión vinculados al sector laboral, por una parte, y al sector empresarial, por la otra; e importantes transformaciones ideológicas, la más notoria de las cuales es una creciente tecnificación de los asuntos públicos que acaba despolitizándolos. Todo ello explicaría la aparente paradoja de un gobierno socialista que, desde el punto de vista de sus políticas sociales, parece conservador.

Me parece que el trabajo de Rossana Castiglioni es especialmente iluminador en una esfera de asuntos que en nuestro país suele escamotearse al análisis político, bajo la pretensión que se trata de un ámbito técnico entregado a la neutralidad de las políticas públicas. El trabajo de Rossana Castiglioni muestra a fin de cuentas que las políticas públicas no pueden saltar fuera de la sombra de la política.

Finalmente Claudio Fuentes y Andrés Villar se ocupan de la política exterior.

No se requiere, por supuesto, ser lector de Carl Schmitd para caer en la cuenta de las profundas diferencias que median entre la política doméstica y la política internacional. La principal de esas diferencias es que, incluso a estas alturas, la política internacional todavía se parece más al estado de naturaleza que describían los escritores del siglo XVII que a ese arreglo institucional que llamamos Estado Moderno, motivo por el cual al análisis internacional suele sentarle bien la racionalidad puramente instrumental o si ustedes prefieren el comportamiento puramente estratégico.

Eso es lo que muestran al fin y al cabo, me parece a mí, los trabajos de Villar y de Fuentes.

Claudio Fuentes describe la política exterior de Ricardo Lagos como la búsqueda de “poder blando”, una manera eufemística de describir la política comercial tipo free rider que se hizo en los primeros años de los gobiernos de la Concertación y la búsqueda de una presencia más institucional que se llevó a cabo con mayor intensidad en los últimos años. Me parece que si algún defecto posee el trabajo de Fuentes es que le confiere a la política exterior de Lagos una racionalidad que no tuvo en los primeros años. En los primeros años el gobierno de Lagos vaciló entre una política regional que enfatizaba las convergencias políticas (recuerden que los dos primeros años estuvo De la Rúa en Argentina y Cardozo en Brasil de manera que todo hacía pensar que la región abandonaba el populismo y se iba por la senda republicana) y otra que mantenía la estrategia de aumentar los socios comerciales. Esas opciones nunca fueron del todo consistentes.

El trabajo de Villar, a su turno, describe los distintos niveles de la relación de Chile con sus vecinos y subraya bien, me parece a mí, que en este tipo de relación pesan tanto la racionalidad instrumental (es decir los intereses de las partes involucradas) como la dimensión simbólica y de reconocimiento que posee inevitablemente la política.

La última parte del libro es quizá la más débil y la más prescindible juzgada desde el quehacer de la ciencia política. Lo que ocurre es que Alan Angell se da a la tarea de identificar los retos del gobierno de Bachellet (o sea de dar respuesta a la pregunta ¿qué debe hacer el gobierno de Bachellet?), con lo cual el libro se desliza, imperceptiblemente, de un enfoque descriptivo a uno normativo, de la pregunta cómo es el proceso político, a la pregunta relativa a cómo debe ser. Pero ocurre que las aseveraciones normativas se encuentran en un nivel lógicamente distinto a las aseveraciones empíricas y no cumplen el ideal de científicidad al que suelen apegarse, casi con fervor, los científicos políticos.

Con todo, es este un buen libro, sin ninguna duda, un libro que sobre todo da cuenta de la existencia de una comunidad en el área de la politología que nos hace abrigar esperanzas que en nuestro país ya está llegando el día en que junto con practicar la política, podamos también comenzar a reflexionar con rigor acerca de ella.

IV

Como se ve, los tres libros que hemos reseñado versan casi sobre lo mismo: la forma en que se constituyó y se administra el proceso modernizador que ha experimentado el país en los últimos veinticinco años. Para Moulian esa modernización representa una fractura de esas de que está llena la historia política de Chile durante el período de compromiso, sólo que en este caso se trata de una que lo cierra y lo clausura de manera definitiva. Para Sofía Correa, por su parte, ese proyecto es fruto de un genuino espíritu modernizador que se instaló en la derecha una vez que el espíritu socialcristiano logró ser aventado de su cultura política. Para ambos, en fin, la modernización de Chile que consolidó y amplió el gobierno de Ricardo Lagos es tributaria en algún sentido de ese proyecto. Así, la tesis de Moulian estaría confirmada por la historia. La derecha de hoy no sería distinta de la del período que media entre 1932 y 1973: se trataría de la misma derecha dominante pero no hegemónica del todo que empuja el carro de la modernización capitalista con la mano de la izquierda. La tesis de Sofía Correa, por su parte, sería una profecía al revés de esas que no es rara en la mejor historia: si ex post el país se modernizó y esa modernización se atribuye en sus orígenes a la derecha, entonces el gobierno del presente no sería sino heredero y tributario, incluso a su pesar, de ese proyecto. No es fácil compartir esas tesis que ponen a la derecha del lado de la modernización y a la izquierda acompañándola a su pesar. Pero no cabe duda que merecen una consideración atenta de la literatura, más atenta de la que hasta ahora han recibido.